

Recuerdos de Borges entre bronces chinos

Isabel Fraire

¿Es que los chinos eran borgianos? ¿O Borges no es más que un chino que nació en Buenos Aires, con algunos milenios de retraso?

En mi reciente tránsito por Nueva York, motivo por el cual me ausenté de estas páginas por unas semanas, lo que más me impresionó, más, mucho más que los rasca-cielos o la calma bucólica del Parque Central (que nada tiene que ver, histórica o culturalmente, con nuestros zócalos de filiación latina, y sí mucho con el prado común medieval) fue una exposición tumultuariamente visitada en el Museo Metropolitano de lo que se llamó, un tanto equívocamente, *Bronces Chinos*.

Y digo equívocamente porque lo que más destacaba tenía muy poco que ver con el bronce. . . y sí mucho, para quien lo haya leído, con las descabelladas, precisas y complicadas elucubraciones de Borges. Se trataba de unas cuantas esculturas de tamaño natural en barro cocido sin vidriar (*terracota*) que representaban con precisión ya no fotográfica sino capilar (los cabellos mismos y las complicadas trenzas de uno de los oficiales dan sustancia tangible a mi aseveración) a unos cuantos ejemplares de los miles de hombres y caballos de un ejército imaginario en perfecta formación de guerra, enterrado en posición vertical varios siglos antes de Cristo, con un vano de varios pies entre sus cabezas y una primera capa de madera y material de relleno recubierto y disimulado con tierras de labranza. Del ejército tangible de barro se ha recuperado sólo una fracción, consistente en siete mil figuras, entre hombres y caballos, del total enterrado o proyectado. Pero se ha podido deducir, de la perfecta formación estratégica del conjunto, que, de haberse cumplido con los planes originales, habría sido de cerca de cien mil hombres.

¿Quién sino Borges habría podido soñar en esta época un ejército al mismo tiempo palpable e imaginario, cuya misión fuera proteger la tumba de un emperador por toda la eternidad? ¿Es que los sueños de Borges los soñaron los chinos hace dos mil años con tal vehemencia que los volvieron reales y tangibles? ¿O es que, como dice Borges, las identidades personales tanto como las concepciones del mundo se repiten, y el autor que da con una metáfora afortunada no hace sino robársela al lector o a algún antecesor cuyo recuerdo se ha perdido?

¡Pero es tan pobre y parca nuestra tradición occidental que se necesitaba un latinoamericano ciego y bibliotecario para fundir las distintas tradiciones y recuperar mentalmente mundos cuyos escombros nos deslumbren, y cuyas concepciones tienen la veracidad falaz de la relojería!

El chino ejército borgiano de cerca de cien mil hombre fue obra no sólo de la mente de un hombre, sino del trabajo e imaginación de más de 700 mil obreros y artesanos y tenía al parecer la misión de proteger la tumba del último emperador de la dinastía Kin, mismo que unificó a China mil setecientos años antes de que unificaran a España los Reyes Católicos. En esta tumba, además de reproducirse toda la corte imperial, se reproducía también su universo geográfico. De acuerdo con un historiador chino posterior en el mausoleo (*¿de tamaño natural?*) se reproducían las corrientes eternamente circulantes del Río Amarillo y del Yangtzé, en mercurio, y las constelaciones del firmamento visible entonces desde China, iluminándose todo con lámparas en que se quemaba un combustible imperecedero.

Habría que concluir que este emperador no creía realmente ni en la eternidad de su poder material en esta vida ni en otra vida eterna, diferente cualitativamente de ésta.